

DOS RAYOS QUE NO CESAN

MARÍAASUNCIÓN MATEO

Presidenta de la Fundación Rafael Alberti

No se me ha invitado al Congreso Internacional sobre Miguel Hernández por ser especialista en su obra. Mi acercamiento al poeta procede de la lectura de sus textos, de mi ya abandonada labor docente y de alguna conferencia pronunciada sobre él. Mi presencia hoy aquí es para testimoniar la relación que mantuvo con otro gran poeta y amigo, al que admiró y quiso en el tiempo: Rafael Alberti que llevó su memoria y sus versos en el corazón y en los labios.

Rafael, en sus recitales por el mundo, acostumbraba a rendir un emocionado homenaje a quienes él llamaba “Los poetas del sacrificio”: Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández. Sus nombres aparecen, en repetidas ocasiones, en *La arboleda perdida* y en sus palabras late un sostenido afecto, una inalterable amistad hacia ellos. Así, cuando habla de Miguel Hernández, “el sorprendente muchacho de Orihuela”, como lo llamó Juan Ramón Jiménez, escribe...

“...arribado el 18 de julio del año 1936, como rayo que lo descuajara levantándolo, cegándolo hasta abrirle los ojos, fue para él ese día de provocación y respuesta, embestida de lo más luminoso. En esa embestida, Miguel se vio más que nunca las raíces, se comprendió como jamás de tierra, arrebatándose de aquel viento candente que sacudiera de parte a parte nuestro pueblo. Y la diaria pana aldeanota de sus pantalones la cambió de súbito por el valiente mono azul de miliciano voluntario, descubriéndose su propia entraña nativa, verdadera, arrancándose al fin con su *Viento del pueblo* un aplastante alud de cosas épicas y líricas, versos a encontronazos y empujones, de dentelladas y gritos suplicantes, rabia, llanto, ternura, delicadeza... Luego, Miguel, sangrando por trincheras y hospitales, va llegando hasta el fin entre gritos desesperados de amor, clamando en llanto por su hijo que nacerá mientras él, vomitando sangre y pus en la cárcel de Alicante, muere una primavera de 1942, a sus 32 años casi recién cumplidos”.

Cuando una personalidad desaparece, es fácil -aunque efímero y sólo rentable a corto plazo- erigirse en portavoz e intérprete suyo cuando aquél nunca le encomendó en vida esa tarea. De esta forma, opiniones deformadas o falsas van perpetuándose en libros, a veces, carentes de rigor y cuyos autores en lugar de investigar no han hecho más que transcribir lo que otro -sin autoridad moral ni académica- ha publicado. Y, así, el hilo de la madeja se va prolongando

en el tiempo. De ahí esas visiones miopes y parciales que se dan en alguna ocasión de la relación entre Rafael y Miguel por algún incidente surgido entre ellos, en las que las interpretaciones son tan interesadas como inexactas.

Que la formación, el talante y la vida de ambos poetas fueron muy distintos, es tan evidente como innegable -al igual que debía ocurrir con otros amigos suyos-, por tanto también lo serían los enfoques ante determinados temas y situaciones. Existen muchos testimonios del carácter y actuación de ellos y otros compañeros de la generación a la que el poeta alicantino admiró, como éste de Pablo Neruda sobre Miguel Hernández...

“Por aquellos años recientes y tan lejanos, tenía un carácter de niño, de hijo de los campos. Recuerdo que, llevado por mi exigencia para que no volviera a Orihuela, hice mover influencias para obtenerle una colocación en Madrid (...) Nunca olvidaré cuando llegó a mi casa aquel día y yo alborozado le comuniqué la buena noticia: “decídetes, le dije y dime de inmediato qué quieres pedir para que te hagan el nombramiento”. Entonces, Miguel, muy azorado, me respondió: “¿No me podrían dar un rebaño de cabras en Madrid?”.

Sería interesante aclarar la sorprendente -e incierta- versión que quiere darse de la “vida regalada” que llevaban los que residían en la Alianza de Intelectuales Antifascistas y que, de poder saberlo, llenaría de indignación a sus protagonistas. Por suerte, aún tenemos testigos de excepción como Salvador Arias, actor de “La Guerrilla del teatro” que María Teresa León dirigía, capaz de aclarar situaciones tan inciertas como injustas. Allí, la escasez de medios, la austeridad, caracterizaba el día a día, ningún privilegio los distinguía. Creer en la celebración de “banquetes y fiestas”, como puede leerse en algún libro, es algo tan ingenuo como indigno, pues para ellos el tener en contadísimas ocasiones como menú una pequeña ración de “lentejas con gusanos asomados al balcón” -como decía el inolvidable Santiago Ontañón- era el mayor festín que pudieran soñar. Parece ser que el hecho de ocuparse en convocar congresos, publicar revistas revolucionarias como *El Mono Azul* o atender a prestigiosos intelectuales de todo el mundo que acudían allí para apoyar a la República, no fuera una meritoria labor y una ayuda inestimable en aquellos momentos. Porque no sólo con las armas se defendían las ideas y se intentaba frenar el avance del fascismo. A través de la Alianza se recibía una valiosa ayuda tanto para la vida cotidiana como para la lucha y divulgación por el mundo de la dolorosa situación por la que los españoles estaban pasando, tras el golpe de estado de los militares.

Y es que no puede confundirse torpemente la entereza de estos seres, la capacidad de sobrellevar situaciones extremas, de tomar con inteligente y resignado humor las diarias carencias, el saber vivir una situación angustiosa como la de la guerra con una dignidad admirable, incluso en ocasiones con un despliegue de imaginación, de fantasía para poder soportar la dolorosa realidad, que quizás contrastara con la visión de la vida y de la guerra, de otros, quizás también de Miguel Hernández. Algo inevitable que no justifica una interpretación errónea.

Yo he compartido una parte importante de mi vida con Rafael Alberti y sé muy bien de su conducta, de su solidaridad y bondad, de su preocupación por los que tenía alrededor. Y después de convivencia tan estrecha, la única bandera que hoy me atrevería a erigir en su nombre es la de aquello que él dejó escrito que, en definitiva, es “su” verdad y lo que deseó transmitir a generaciones venideras. Porque las conversaciones mantenidas en privado, tanto conmigo como con otras personas, fueron eso: privadas. Y nadie a quien se le da esa oportunidad, por elementales normas de respeto y gratitud, debería distorsionarlas para hacerlas públicas, o sacarlas de su contexto, como también ocurrió con algunas personas que rodearon a Neruda y a tantos otros escritores.

Por tanto, puedo testimoniar lo que Rafael siempre me transmitió sobre Miguel Hernández: un auténtico cariño, una admiración sincera y una singular ternura por lo que él representaba. En 1942, Alberti, ya en su destierro argentino, escribirá “Égloga fúnebre a tres voces y un toro para la muerte lenta de un poeta”, en la que también aparecen Antonio Machado y Federico García Lorca, y que dedicó “A la memoria de Miguel Hernández”, en cuya boca pone versos como estos...

Voz de tierra, mi voz se me salía,
de raíces y entrañas polvorienta,
seca de valles, seca de sequía,
amarilla de esparto, amarillenta.

Así, en las *Coplas de Juan Panadero*, recordando las reuniones en casa de Pablo Neruda, aquella inolvidable “Casa de las flores”, siempre repleta de amigos, escribe con afecto y humor...

Puras noches nerudianas
Miguel Hernández olía
a oveja y calzón de pana.

Y junto a estos tercetos festivos, no pierde ocasión para alabar su grandeza:

“Verdadero rayo deslumbrador, de poeta nativo, sabio, un rayo milagroso, pues lo pensaba uno del revés, surtiendo de la piedra hacia lo alto, escapando lumínico de aquel ser tan terrenal, desmanotado y en apariencia hosco”.

Tiene que llegar el momento, y la celebración de este Congreso Internacional podría muy bien serlo, de esforzarnos en que no se tuerza el curso de la historia real, sus acontecimientos y, sobre todo, combatir el empeño en negar aquello que los protagonistas de esta historia sentían o pensaban y dejaron muy claro en sus escritos. Basta ya de interpretaciones sesgadas o sensacionalistas para desvirtuar sinceras relaciones personales que se dieron entre celebridades de las letras, de las que suele olvidarse que también son seres humanos. Basta ya de aprovecharse de la privilegiada y a veces interesada cercanía con personas excepcionales para escribir un

ensayo en donde se tergiversan sentimientos y actuaciones hasta llegar a componer las propias memorias que carecen de todo interés si se excluye al genio que sirve de excusa literaria.

Miguel Hernández y Rafael Alberti representan no sólo a dos poetas insignes, sino a dos hombres comprometidos en su lucha contra la dictadura, en continua defensa de las libertades, de aquello en lo que creían. Estuvieron unidos en lo que de verdad importaba y acrecentaba su amistad: en hacer un frente común solidario contra gente e ideas que frenaban la cultura, el progreso y que irremediamente condujeron a España a un proceso de regresión social y cultural. Apoyándonos en esto, la Fundación Miguel Hernández y la Fundación Rafael Alberti, quieren dar un reconocimiento oficial a esta amistad, mediante un hermanamiento entre ambas que permitirá sellarla y perpetuarla para siempre.

Rafael tuvo siempre muy claro quién fue Miguel Hernández y una vez más volverá a recordarlo así...

“Miguel Hernández fue el mejor y más auténtico poeta de la guerra. Miliciano, primero, del Quinto Regimiento, voluntario desde aquel mismo insurreccional día 18 de julio, se arrancó, ya en mitad de la lucha, con su *Viento del pueblo*...”.

Su voz se llena de emocionados recuerdos cuando relata su despedida del amigo...

“Por la tarde de ese mismo día me encontré en el patio de la Alianza de Intelectuales Antifascistas con Miguel Hernández, en traje de soldado (...) Le conté la visita de Carlos Morla, amigo suyo también. Miguel me soltó con violencia, apenas escuchado el mensaje de Morla:

-¿Cómo me voy a meter yo en una embajada? Si esto terminara me iría andando a mi pueblo.

-Tú lo que deseas es que te maten, Miguel. Es al único sitio adonde no puedes ir.

Se encogió de hombros. Le di un abrazo. Fui la última vez que vi a Miguel Hernández”.

Pablo Neruda coincide al relatar los mismos hechos...

“Miguel Hernández no quiso aceptar este asilo. Creyó que podría seguir combatiendo. Entraban ya los fascistas en la capital española cuando él salía a pie hacia Alicante. Llegaba tarde. Estaba encerrado. Volvió como pudo a Madrid, desesperado y despedazado.

Ya la Embajada no quiso recibirlo. (...) Miguel Hernández fue detenido y poco después condenado a muerte”.

La amistad entre Miguel Hernández y Rafael Alberti no debería necesitar reivindicación alguna: su actitud, su valentía y su grandeza poética están ahí, en sus libros, en nuestra historia, en la memoria de todos los que hemos compartido tantos ideales con ellos. Miguel Hernández fue una persona querida por todos: Vicente Aleixandre, Pablo Neruda, María Teresa León, también lo atestiguan. Por eso, Rafael Alberti se ve obligado a subrayar algo que por incierto, ya en vida, le dolía profundamente que se pusiera en duda:

“Insisto en recordar que ya exiliado yo en Francia hice todo lo posible, junto a María Teresa y Pablo Neruda, por salvar su vida, pero fue más fuerte el odio y Miguel murió lentamente asesinado.”

Pablo Neruda, en uno de sus poemas le dijo...

Nadie, Miguel, te ha olvidado.
Aquí te llevamos todos
en mitad del pecho.

Y el poeta chileno coincidirá también con el testimonio de Rafael y María Teresa:

“Miguel Hernández fue detenido y poco después condenado a muerte. Yo estaba otra vez en mi puesto organizando la primera expedición de españoles a Chile. Me alcanzó al llegar su grito de angustia (...) El cardenal Baudrillat, tenía ya más de 80 años y estaba enteramente ciego. Pero le hicimos leer fragmentos de la época católica del poeta que iba a ser fusilado.

Esta lectura tuvo efectos impresionantes sobre el viejo cardenal que escribió a Franco unas cuantas conmovedoras líneas. Se produjo el milagro y Miguel Hernández fue puesto en libertad.

Entonces recibí su última carta. Me la escribió desde la Embajada de mi país para darme las gracias. “Me marchó a Chile”, me decía. “Voy a buscar a mi mujer a Orihuela”. Allí lo detuvieron de nuevo y esta vez no lo soltaron. Ya no pudimos intervenir por él”.

Ningún rumor acallará nunca su auténtica voz y la de los que lo quisieron, admiraron y respetaron. En los testimonios de Rafael, inalterables y sinceros, la figura de Miguel Hernández es una constante, llena de valor, de reconocimiento político y literario, de añoranza, velada siempre por la impotencia que imprime la injusticia cometida con él...

“Pero la primavera más fría, ventosa y removida, me ha tocado en Alicante, donde acudí para rendir un fervoroso homenaje a Miguel Hernández, recitando sus versos en el 48 aniversario de su muerte.

Nada más trágico, doloroso, que repetir los poemas del emocionante y gran poeta alicantino.

Gozar y no morir de contento
sufrir, y no vencerse en el sollozo:
¡oh, qué ejemplar severidad del gozo
y qué serenidad del sufrimiento!

Ya se sabe que él, junto a Federico García Lorca y Antonio Machado, es el tercer gran poeta español sacrificado en nuestra guerra, muerto, dos años después de terminada, en una cárcel de Alicante”.

Una vez más, Rafael, incansable, vuelve a hablarnos del amigo perdido...

“Dediqué el recital a su admirable y heroica mujer, Josefina Manresa, a quien Miguel amó tanto.

Después de la lectura de otros extraordinarios sonetos, llegué a la maravillosa elegía dedicada a su amigo Ramón Sijé, que yo considero, junto a la de Jorge Manrique a la muerte de su padre, el maestro de Santiago, y al llanto por la muerte de Sánchez Mejías, la tercera y gran elegía de toda la lengua española.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.
No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

Pero Rafael, consciente de su deber como escritor revolucionario y a la vez intensamente lírico, también dejó escrito...

“Los poetas hemos de ser, como quería Antonio Machado, poetas del tiempo. Ése es nuestro compromiso: ser, estar, existir, dar universalidad a un momento, volver ecuménico lo intensamente sentido y válido, aceptar lo humano, rehacerlo, no retroceder, equivocarse y huir, hacer unas veces arma del verso y otras flores, puesto que nos ha tocado vivir entre el clavel y la espada”.

Y no hay nadie que pueda rebatir, sin faltar a la verdad, que en todo ello, Miguel Hernández y Rafael Alberti fueron y son, personas y poetas con una conducta y una obra ejemplares en el tiempo, al que han trascendido y que, en definitiva, es lo único que debe importarnos.